

LA LUZ DEL PORVENIR

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—¡Lo más horrible!—A la inteligente Sra. Doña Cecilia Mañé de Meana.—El Fruto del Fanatismo Religioso.—A la mujer obrera en particular y a todas en general.—Notas é impresiones.

¡LO MAS HORRIBLE!

Decia Voltaire, que si no hubiera Dios habria necesidad de inventarle y yo añado, que si no fuera cierta la inmortalidad del alma y su progreso indefinido, seria preciso que la fantasía humana los creara, pues solo esperando en el mañana se pueden sobrellevar tantas y tantas penalidades como á la humanidad afligen.

Dejando á parte la completa soledad en que viven la mayoría de los espíritus de la tierra, que aún en su propio hogar están como si fueran proscritos; eliminando el desacerdo que existe en innumerables familias, hay un dolor irresistible, superior á todos los dolores, y es cuando un individuo se vé atacado por una de esas dolencias incurables, desesperación de la orgullosa ciencia, la cual á pesar de vanagloriarse de poseer la suprema sabiduría, se tiene que cruzar de brazos ante un tumor canceroso, que, hablando metafóricamente, empuña la guadaña destructora y corta sin piedad el hilo de la existencia de aquel en quien hizo su presa.

Yo, que no escribo más que cuando me emocio, necesito estampar en el papel las dolorosas impresiones que he recibido al visitar á mi amiga Luisa, atacada de un cáncer en el estómago. Al verla, al contemplar aquel cadáver que parece hasta imposible que pueda moverse, hablar y relacionarse aun con las cosas de la vida, decia para mí:

¡Señor!... si la historia de esta mujer no tuviera ni hubiera de tener otros capítulos que el de su existencia presente, ¡qué injusto serias con ella! y qué cruel con su familia!... Condenar á un sér á vivir entre hedores insoportables, y hacer partícipes de aquel inmenso sufrimiento á sus deudos más cercanos; estar todos condenados por más ó menos tiempo á habitar en un cementerio, pues no otro lugar parece la casa donde hay un enfermo atacado de mal tan horrible; si esos acerbísimos sufrimientos no tuvieran una causa, ni fuera el medio de pagar terribles deudas, Dios no seria justo, y habria derecho para negar su existencia y para atentar cada cual á la suya.

Al considerar que Luisa es una mujer completamente inofensiva que ha dejado el hogar paterno para crearse honradamente una nueva familia; que no ha faltado á sus deberes; que ha procurado por el bien de los suyos y no se ha hecho sorda á los gemidos ajenos ¿por qué, me pregunto, para terminar sus dias ha de sufrir una enfermedad espantosa que sea su desesperación y la de los que la rodean, en tanto que muchos miserables criminales gozan de una salud envidiable y mueren tranquilos y sin dolores? Por qué para los buenos tantos padecimientos, y padecimientos horribles, y para los hombres sin corazon tantas satisfacciones y dulzuras? He aqui una injusticia



aparente que echa por tierra todos los cálculos basados en la justicia de Dios; pues nada más injusto que hacer padecer á un inocente. Por eso mi amiga Luisa, que no cree absolutamente en la inmortalidad del alma y en su progreso indefinido, ni tampoco en las farsas religiosas, me decía con desesperación:

—Nunca creí que la muger fuese tan cobarde. ¿No te parece en mí, falta de valor el no coger una pistola y apoyarla en mi sien, sufriendo lo que sufro y sabiendo que mi mal es incurable?

—Antes al contrario; yo creo que es dar muestra de gran fortaleza el sobrellevar un sufrimiento como el tuyo: tú no duermes, no comes, no das un paso que no te cueste un gemido. ¿Quieres más valor que esperar la muerte sin temerla ni buscarla, y mucho más tú que en nada crees?... Y á propósito, ¿no piensas alguna vez en el porvenir de tu alma? No te preocupa la idea de si tu conciencia sobrevivirá á tu descompuesto organismo?

—Sí, no pocas veces reflexiono sobre el problema de la muerte, y me pierdo en un mar de conjeturas: esta duda es un tormento más añadido á mi enfermedad; porque si bien me parece estar persuadida de que todo acaba en la sepultura, cuando veo que grandes sábios se ocupan en estudiar este problema y considero que ellos no suelen perder el tiempo en investigaciones inútiles, me ocurren estas preguntas: ¿qué sucederá después? los seres que yo he amado y amo en la actualidad volveré ó no á verlos? Se reproducirán en otra vida, continuación de ésta, mis cruelísimos dolores? ¿Habrá un juez que me juzgue? ¿Porqué sufro tanto hoy?

¿Sabes que si Dios existe, es un tirano de la humanidad? En cuanto á mi, poco bueno puedo contar de su divina clemencia, porque no he hecho daño á nadie, y sin embargo me martiriza de un modo espantoso, haciéndome vivir en un ¡ay! continuo y siendo causa de un malestar y pesadumbre para cuantos me rodean. ¿Qué hubo ayer? ¿qué historia se desarrolla hoy? ¿qué epílogo tendrá mañana? ¿por qué tanto sufrir sin haber pecado? ¡Oh! esto es horrible; más vale pensar que todo es mentira; que somos hijos de la casualidad; que ésta amontona los átomos, y forma cuerpos y produce inteligencias; que no hay orden ni concierto en la naturaleza; y solo así se concibe que las personas más inofensivas sean castigadas por los rigores de la suerte, y las más malvadas se vean encumbradas y dichosas, disfrutando de las innumerables satisfacciones que dan la opulencia y la realización de todos los sueños y ambiciones. Pero esto tampoco me satisface; pues, en medio de todo, descubro en la naturaleza la armonía: todas las especies, excepto la humana, viven cumpliendo su destino, cada individuo dentro de su esfera de acción: solo el hombre es el que vive fuera de su centro, gozando el criminal y el ambicioso, y sufriendo el que no ha sido capaz de hacer á nadie el menor daño, como me ha sucedido á mí. Tú conoces mi sencilla historia. Algunos me han atribuido grandes virtudes filiales porque durante los muchos años que mi abuelo estuvo postrado en el lecho, nadie le cuidaba sino yo, prefiriendo pasar las noches á su lado leyéndole algunos libros, á ir á teatros, bailes y reuniones. Mi familia estaba muy contenta de mí; mi marido y mis hijas también me han supuesto revelantes cualidades: ¿por qué pues, el castigo de vivir muriendo, habiendo merecido dejar tranquilamente la tierra? ¿Quién tiene derecho á ¡martirizarme? ¿Qué Dios es ese que distribuye ciegamente su justicia? Y si Dios no se ocupa en esas cosas, ¡maldito el hado que preside mi destino!

—¡Pobre Luisa! comprendo tu inmenso sufrimiento, pues, aún cuando no he tenido tu dolorosa enfermedad, he padecido de diversas dolencias; y cuando vivía como tú vives, sin saber porque habia venido al mundo y era tan inmensamente desgraciada, muchas veces, al contemplar á los demás, me creía la más desgraciada de todos, y exclamaba: ¿será posible que yo sea el único ser desventurado entre tantos felices?

¿y porqué? ¿qué virtudes poseen estos potentados, superiores á mi sentimiento? ¿qué misterio es éste que yo no me explico? Y derramaba lágrimas amarguísimas. Aquel completo desconocimiento de las causas que influían tan dolorosamente en mi existencia, era, como tú dices muy bien, lo más horrible, peor mil veces que la miseria del cuerpo y la soledad del alma.

—¡Oh! sí, sí; ya tú ves lo que en mi cuerpo sufro; pues bien, más que el mal físico me atormentan esas ideas; me creo víctima de la fatalidad, y maldigo el fatalismo que pesa sobre mí.

—Y porqué no tratas de estudiar algo las obras filosóficas que tanto te he recomendado y en las que yo encontré la clave del enigma de la vida y de la muerte? Si tú no quieres leerlas, no faltará quien te las lea.

—¡Ah!,,. es que yo no quiero tampoco entrar en el terreno en que tú te hallas y acariciar tus convicciones y esperanzas. Saber que he vivido ayer, querrás creer que me horroriza? Si, como te he oído decir muchas veces, el presente responde al pasado, el fin tan doloroso que se me prepara, me indica que no habré sido muy buena anteriormente; y me humilla y me subleva á la vez el pensar que he cruzado malos senderos. Tú dirás lo que quieras; pero encuentro preferible mi desesperación, creyéndome impecable y víctima de una injusticia incomprensible, á resignarme con la certidumbre de haber pecado.

—Ahora sí que te compadezco más que nunca; porque el orgullo te domina, porque el amor propio te ciega; porque pretendes ser superior á todos los seres creados. ¿Te acuerdas de lo que dijo Jesús á los que acusaron á la mujer adúltera? Que el que estuviese sin pecado arrojase la primera piedra; y nadie la apedreó. Jesús comprendía que la humanidad era frágil. ¿Porqué te empeñas en creerte superior á los demás, si esa creencia no te sirve de ningun consuelo ni te explica el porqué de tu sufrimiento? Créeme Luisa, es una insensatez privarse uno voluntariamente del precioso don de la vista; y así obra el que prefiere el desconocimiento total del principio de la vida, á la explicacion racional de las causas que originan sus padecimientos.

Nada me contestó Luisa; pero cerró los ojos, significándome con esto que prefería su ceguera. Salí de aquella tumba tristemente impresionada, convencida de que es peor que las dolencias del cuerpo la ceguera del espíritu.

¡Ay! de aquellos que prefieren las tinieblas de su orgullo á la esplendente luz de la verdad.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

A LA INTELIGENTE SRA. D^A CECILIA MAÑE DE MEANA.

HISTORIA DE UN ATOMO.

Algo pasó por mi vista, pequeño, sutil, veloz, que llevé instintivamente la mano á los ojos como para librarme ó hacer desaparecer el agente, que habia empañado un instante su cristalización. No era nada, ó aparentemente lo creí así, porque nada habia recojido entre los dedos.

Mi carácter soñador unido á mis tendencias escudriñadoras y propension á todo lo maravilloso, en el sentido abstracto de esta palabra, ya que no artista me hace aparecer siempre ideal y hallé ocasion en este natural accidente á fantasear por el laberinto de mis embrionarios pensamientos. Y bien, me dije, ya que he sentido el efecto busquemos la causa desconocida. ¿Qué es lo que pudo molestarme? Tal vez

una ráfaga de aire, un giron de vapor, una molécula de polvo; un cuerpo, en fin, ponderable y perceptible que ha querido aproximarse á mi para herir mi sensibilidad y escalar el mundo de mis ideas. Hagamos su historia. ¿La historia de qué? ¡Bah! No precisa la tangibilidad ni la forma para escribir unas cuantas líneas dando á conocer un *algo* que pueda haberla revestido ó ser un componente que por la atracción vaya á unirse á una de sus partes en el gran todo del Universo. Yo quiero creer que ello fué un átomo cósmico del elemento etéreo, y que bañado en las húmedas ondas de la atmósfera quiso refractar la luz íntima de su ser en los reflejos apagados de mis negras pupilas. Dos luces que chocan han de producir necesariamente la fuerza y el calor; tres elementos de vida capaces por su union de constituir un nuevo planeta que diera engarze al conjunto armónico de la creación.

El día se despojaba lentamente de su manto de soles y colores, y al hundirse en Occidente el gigante astro de luminosas guedejas, los plateados rayos de la naciente luna reflejaban en la tierra la triste melancolía de la eterna noche de su vida. Desde mi ventana contemplaba la vasta extensión del mar que parecía dilatarse hasta el no encontrado horizonte del infinito. Mi mirada profunda y siempre fija columpiándose en los hilos argentados de su pálida luz recorría con ella todas las llanuras de su movable seno como ondeaba luego en las palpitaciones sonoras del espacio. He aquí un trono que nadie me ha de disputar, exclamé: ahora solo falta á mi ambición un nuevo mundo que ofrecería á todo el que como yo tenga ánsias por lo desconocido y amor sienta por lo inconmensurable. ¿Dónde estará el explorador? ¿dónde otro Colón en la idea!.... Al hacer estas reflexiones me acordé del importuno de la tarde y envanecida de este toque del recuerdo me mecí en el muelle asiento de mi alcázar fortuito, y sin letras de molde quedó impresa en las nebulosidades del aire la historia de un átomo.

Escucha, me dijo; yo soy partícula de polvo que rueda por el éter para asimilar mi existencia en el orden incesante de las creaciones: es el génesis de mi vida, y en las revueltas perturbaciones que han de transformar la esencia poderosa de mi microscópico sér, he de verme entretejido en los hilos de oro que coronan el disco de los soles. Seré la estela argentada y perdida unida al destino de algun cometa radiante; irradiaré en el centro del lucero que trémulo brilla por la tarde y se desgrana en rutilante lluvia del oro que contiene. El fuego que lleve en mis entrañas, al exhalar en vaporosos efluvios, fecundará los gérmenes latentes que esconden en su seno las capas geológicas y á su emisión regeneradora brotarán los vegetales y los reinos todos dándoles forma y belleza, perfumes y colores; y el fluído fortificante que me habrán devuelto, con los elementos que me constituyen, guiarán mi nueva marcha hácia otras fuentes de vida y de progreso. La grandeza de Dios verterá en mi inteligencia la primera chispa de la sabiduría de los hombres y al inflamar mi cerebro la llama del saber difundirá su sávia por mis venas las primeras sensaciones del sentimiento. ¿Y amarás?—le pregunté.—Vibrante en mi esa fuerza recorreré todas las flores del verjel.—Esquiva las punzantes y adormécete solo en el seno de aquellas que viven olvidadas é inocentes.—¡Imposible! el fuego de la pasión mancharía la pureza de sns galas.

—¿Qué piensas hacer?—Amar.—¿A quien?—Al amor.—¿En qué forma?—En la del ángel y la mujer; la del niño y la del hombre; que en ánsias de mi deseo el impulso del amor me arrastrará á los abismos elevándome luego hasta los cielos.—Muchas luchas te esperan y es débil tu organismo.—Esa es la ley y pues nunca he de fenecer aprenderé en los combates á garantizar el esforzado temple de mis armas.—¿Me querrás indicar el fin que señalas á todos tus triunfos?—Allí está.—¿Dónde?—En el infinito que es Dios, amor y progreso.—Te perderás.—¿Porqué?—Porque

tiene penas eternas y tu las habrás merecido.—¿Quién te ha dicho eso?—Otro átomo como tú y como yo: un hombre.—Pues perdónalo y dame abrigo en tu alma: quiero vivir en tí y ser para tí.—Justo es, que vida te dí y en amor me abraso.....

Siempre que la naturaleza ofrece á la mirada de los hombres el majestuoso panorama de aquella noche de poesía y misterios, me acuerdo de aquel átomo y siento palpitar acelerado mi corazón vírgen. ¡Cuánta paz, cuánta inefable dulzura ha impreso en el alma su relación de amores! ¡Vivir para amar!.. ¡No son mentira los sueños que acariciara mi fantasía juvenil! Porque, pues, me han llamado loca, romántica, niña y hasta ridícula? Si hacía versos me ganaba el título de Mari-sabidilla; si discutía sobre tal ó cual asunto tenía el calificativo de sabia, y ahora... ahora, dicen, le ha dado por el espiritismo; es una loca. Fuerte para mi fé y mis convicciones es la enérgica voluntad que encierra mi débil organismo; coraza de acero que nunca podrá doblegar el derretido plomo de los desocupados. No os preocupeis por lo que soy, amigos míos ¡es tan tirano el combatir en desigual terreno! Seguid la máxima de San Agustín y luego, si podeis, erguid la frente yendo tras la cruzada del amor. Nuestro es el porvenir y aprovechando esta breve estancia terrenal llegaremos á ser en el átomo, luz y en la fusión, amor.

EUGENIA N. ESTOPA.

EL FRUTO DEL FANATISMO RELIGIOSO.

Los católicos, con los dogmas de su iglesia basados en principios ilusivos, y el interminable catálogo de Santos á quienes rinden culto, tienen algunos puntos de semejanza con los supersticiosos egipcios de los tiempos prehistóricos que adoraban á numerosas deidades, pues tanto extreman su religiosidad, que rebosando los límites de lo racional trasciende á puro fanatismo, sin faltarle ribetes de idolatría.

Increíble parece que hayamos dejado tras de nosotros la época de los sucesos fabulosos, de los falsos dioses, de las tenebrosas sombras, y nos hallemos en la de las positivas enseñanzas, en la de las creencias basadas en la fraternidad universal, y en la de la refulgente luz producida por la acumulación de intensos rayos de la misma, salidos á través de las densas nieblas interpuestas á su paso por el camino de los siglos; pues para oprobio de toda persona de recto criterio aun acontecen con suma frecuencia casos que ponen de relieve, que el hilo que sostiene la tela confeccionada por la habilísima araña clerical, no está tan laxo que amenace inminente quebrantamiento.

Aduciendo una prueba á la aserción precitada, expondré sucintamente un caso verídico, sin mezcla de ideal, cuyo desarrollo ha tenido y sigue teniendo lugar con visos de interminable en una familia compuesta de un matrimonio y dos hijos, con la cual me unen ciertos lazos de amistad originarios de mi infancia, por cuya razón y por consideraciones que las asíduas é ilustradas lectoras de la Luz con su reconocida perspicacia comprenderán, omitiré nombres propios, y así estos al menos exteriormente quedarán impolutos.

En uno de los días mas crudísimos del invierno último, vino á visitarnos Alfredo esposo de Julia (como así lo tenía por costumbre,) y al minuto de haber tomado asiento y desentumecido sus miembros por la calefacción en la ardiente chimenea; díjome.

—Necesitando una persona amiga en quien depositar mis cuitas, para que mi acongojado espíritu experimente alguna expansión, y mereciéndome V. ilimitada

confianza, con su vénia aprovecharé la ocasión que me brinda la casualidad, para ponerlo en práctica.

—Agradezco á V. infinitamente la preferencia que me otorga, y desde luego puede comunicarme cuanto juzgue conveniente, en la completa seguridad de que haré todo lo que me sugiera mi mente, para poder prestar algun lenitivo á sus aflicciones.

—Pues bien, suprimiré digresiones, y comenzaré el relato de mis desventuras.

Tocaba á su fin el año 187..... cuando para mí los días se sucedían con una celeridad solo comparada con la rapidéz de los meteoros luminosos cuando en tiempo tempestuoso cruzan los espacios. Mi dicha era completa haciéndome experimentar goces inefables propios de la edad adolescente, cuando la fatalidad con embozo de bienandanza hizo ligarme con Julia indisolublemente. Muy pronto comprendí que la felicidad que creía hallar uniéndome á una mujer que amaba, había sido puro sueño de mi fantasía, pues mi desencanto fué instantáneo al hacérseme palpable que únicamente podía aspirar á la posesión del conjunto de átomos y moléculas que forman su cuerpo, porque la dirección de la esencia incorpórea de este, ó sea del alma, estaba á cargo de su predilecto..... confesor.

¡Oh! no puede V. imaginarse los sinsabores que he sufrido y el acibar que he tenido que absorber, á partir de la fecha que conocí mi difícil situación, originada por nuestro antagonismo en ideas.

Cuando la aurora matutina comienza á esparcir su opaca luz por la amada Tierra, mis nérvios experimentan súbitamente un sacudimiento seguido de convulsión, comunicado por la fatídica vibración de una campana que desde la alta torre del templo católico hace el repique rutinario movida por el sacristan llamando á las devotas y fanáticas, y es que á esa hora mi esposa se desliza suavemente de la cama, vístese y vase incontinenti á postrarse á los piés de su director espiritual (como ella dice,) dejándome solo con los niños, y como no se acuerda de volver hasta las diez ó las once, figúrese V. la algarabía y gimoteo que armarán aquellos, el mayor de tres años, al notar la ausencia de su madre y verse privados de los cuidados y caricias maternas.

No pasa día sin que no le haga presente su reprochable conducta, mas únicamente me es dable obtener de ella esta contestación que por sí, pinta el grado de enfermedad de su cerebro. “La religión ante y sobre todo; las prácticas ó fórmulas que la misma prescribe, es lo principal. El esposo, los hijos, los quehaceres domésticos, en una palabra, todo lo que concierne á la familia, es lo secundario.”

—¡Qué manera de tergiversar! Esa breve declaración, ¡qué cúmulo de sofismas encierra! Quién tales absurdos dice, solo debe inspirar lástima. Más, ¿y todas sus palabras y consejos han resultado infructuosos para separarla de esa escabrosísima senda que irremisiblemente ha de conducirla al borde del precipicio en donde quedará sepultada su razón? ¿No le ha sido dable aprovechar uno de esos momentos de solaz y expansión para persuadirla, empleando para ello la dulzura y el cariño, de que la esposa solo ha de pertenecer al marido, haciendo un estudio especial para interpretar y satisfacerle sus más ínfimos deseos, y labrarle por este medio el mayor grado posible de felicidad?

—Todos cuantos medios he conocido podían hacerle abrir los ojos á la luz, he puesto en práctica, pero han carecido de eficacia. La ternura, el cariño, la rigidez, y por último el desdén: ¡todo en valde! Tengo que luchar con tan poderoso enemigo, que ya me van faltando las fuerzas para seguir conteniendo. Solo me resta sufrir, si es que no me separo de ella para siempre, pero cuando intento llevar esto á cabo me acuerdo que tengo dos hijos de corta edad y retrocedo en mi determina-

ción, pues solo por ellos sobrellevo el sacrificio, porque reconozco les es indispensable la madre, aunque esta padezca una monomanía religiosa (que es la más incurable), pero ya procuraré que no les inculque sus erróneas doctrinas que á su tiempo darian resultados funestísimos, haciendo seres desgraciados cual yo.

Ahí tiene V. el fruto del fanatismo religioso. Ha tronchado el árbol de mi felicidad, y apagado la llama del potente volcan de amor que en mi corazón ardía.

—¡Qué triste narración! ¡Haber creído divisar en el horizonte del matrimonio una perspectiva brillante, y encontrarse con una realidad espantosa! ¡Haber soñado en una suprema dicha emanada del puro amor que enlaza eternamente los corazones, y verse hundido de improviso en los insondables y pavorosos abismos de la más negra desventura!

¡Oh! interin la mujer flote en el cenagoso cauce de la ignorancia, y no rasgue el vendaje que ofusca su entendimiento; mientras permanezca aletargada sin discernir con maduro exámen sobre las causas productoras de su relativa servidumbre, y las haya que obren como autómatas sin que á sus actos les anteceda un razonamiento lógico, habrá entre los cónyugues tales desavenencias, que terminarán las más de las veces con la separación, dándose espectáculos tristísimos propios solamente de los incivilizados individuos que forman las tribus nómadas, esparcidas por los oasis del gran desierto africano.

RAMONA SAMARÁ DE DOMINGUEZ.

Á LA MUJER OBRERA EN PARTICULAR Y Á TODAS EN GENERAL

Á la mujer, al alma sociológica, ó para que mejor me entendais, al alma de la Sociedad, mi espíritu, hoy libre, dedica este trabajo, muy elemental en su principio, es decir, al alcance de la inteligencia obrera.

Mujer, mi instrucción vá á fijar su punto de partida, ó sea su principio en la moral espiritista, y como la moral es una ciencia, la llamaré moralidad científica.

La moral espiritista, es una religión que se manifiesta en hechos caritativos, como lo es, por ejemplo, el de enseñar al que no sabe. En este hecho se reúnen la ciencia y la caridad, ó sea la moral religiosa basada en el trabajo, don divino que os facilita el único medio legal de cumplir el sacratísimo deber de conservar la vida, que es vuestro primer derecho.

Á fin de que lo comprendais mejor, os daré una sencilla explicación.

Para enseñar es necesario saber y todo saber es ciencia; de saber viene la palabra «sabiduría» con que se distingue á los sabios que son los hombres científicos.

Saber coser es una ciencia. Sin saber, ó sea sin ciencia, es imposible hacerlo. Lo mismo sucede aun en las cosas más insignificantes y groseras, como barrer, fregar y otras por el estilo. Pues bien; no os riais si os digo que cosas como estas, tan al alcance de todas, necesitan de la ciencia, porque para barrer es preciso saber y esto significa sabiduría ó ciencia, como dejo dicho; luego barrer tiene su ciencia adecuada y la que no sepa, hará como que barre, pero no barrerá como debe hacerse.

Por si preguntais que obra caritativa lleva consigo el barrer, os diré que una muy grande. La limpieza es higiénica y la higiene es la ciencia de conservar la salud: contribuir al sostenimiento de esta, es un hecho caritativo por cuanto evitais las enfermedades que paralizan el trabajo; quitando el pan al trabajador, el alimento no solo del cuerpo si que tambien del alma.

El trabajo alimentando al primero alimenta igualmente á la segunda porque dá moralidad á la familia obrera.

Sostenidas por el trabajo las necesidades creadas por las leyes naturales, ó sea por la naturaleza de todas las cosas, la caridad trabaja en el alma y moraliza sus aspiraciones ó deseos.

Como la ciencia va unida siempre á la caridad, para practicar esta, es necesario saber hacerlo. Como base de la ciencia caritativa tened muy presente que la caridad es cosmopolita; es decir, no distingue á nadie y á nadie repele; es de todos y de todas partes, como lo es Dios, por lo cual debe ejercerse con todos los seres y en todos los casos; pero teniendo en cuenta que todo lo que se hace con exceso es una falta y que, de estos excesos, nacen muchos de los males que afligen á la humanidad.

Antes de pasar adelante y á fin de daros una idea de lo que son las pasiones, copiaré de las «Sesiones espiritistas» no publicadas aun, si bien poniéndola al alcance de todos, la materialización que el espíritu, su autor, hace de la inteligencia, con el objeto de que podais hacer comparaciones entre el bien y el mal creado por la humanidad, porque de Dios solo viene el bien.

Después que tomeis una noción de lo que es la razón y la inteligencia dominadas por el exceso de las pasiones, proseguiré la moral científica que os enseñará en lo posible á conocer y practicar la caridad, moralidad científica-religiosa espiritista.—*Un Espíritu.*

Médium. CONCEPCIÓN CASTILLA DE REBOLLO.

(*Se continuará.*)

NOTAS É IMPRESIONES

La imprenta es la mano del pensamiento.

Decimos: *Tengo tantos años más que fulano;* y debiéramos decir: *Tengo tantos años menos,* porque á medida que vamos avanzando en edad la vamos perdiendo.

La inteligencia gana cuanto más se usa; cuanto más se ahorra, pierde.

La naturaleza es una inmensa biblioteca; cada planta es un libro cuyas hojas son las respectivas.

No basta ser sabio; es preciso saberlo ser.

La primavera es la esperanza de la naturaleza. Aprendan en ella los que creen perder para siempre su esperanza; viene el estío, el otoño que amenaza, el invierno que mata, pero vuelve la primavera que resucita.

Muchas veces el silencio hace parecer inteligente á los tontos, y la charlatanería, tontos á los inteligentes.

NOMEN.

Las hidras religiosas, de todo viven y á todo hieren.

El mundo es para el hombre, un mar sin fondo.

Para el espíritu que espera vivir, no existen enemigos.